



ZOLA Y TOLSTOY ¹

(EL DINERO.—LA SONATA DE KREUTZER.)

Los dos mayores novelistas de Europa han producido, del año 90 al 91,—primeros de la década con que termina este siglo,—dos obras profundamente distintas entre sí, y que no obstante presentan, para los espíritus observadores, la analogía de llevar en su seno gérmenes y predicciones de una sociedad nueva, muy diversa de la actual, y cuyo advenimiento solicitan ó sueñan los autores con (valga la frase) esperanzado pesimismo.

¹ *L'argent*, par Emile Zola: Paris, 1891. (Hay traducción castellana por LA ESPAÑA EDITORIAL.)—*La Sonata de Kreutzer*, par Leon Tolstoy: Paris, 1890. (Hay traducción castellana en la Colección de libros escogidos, Sáenz de Jubera hermanos, editores.)

Si la repetición de un fenómeno basta para autorizar la enunciación de una ley psíquica, bien podemos decir que distingue al genio literario un generoso descontento de lo actual, y la aspiración al mayor de los milagros: á vivir, ó en el tiempo que fué, ó en el que no es todavía. Adelantar con impacientes manos lo venidero; reconstruir con diestra temblorosa de veneración lo que se arruinó ya para siempre; en tal labor se pasan la vida esos «enfermos de mal de aureola» que, al morir, han pensado, sufrido y, por consiguiente, vivido más que los otros hombres. Hay períodos en la historia literaria en que predomina el afán de restauración: entonces sobreviene el romanticismo, con sus torres almenadas y su aparato místico-feudal. Hoy prevalece el ansia de renovación, el deseo de hacer tabla rasa de esta caduca máquina social, en que hay de todo, resortes de acero aún muy elásticos, ruedas de hierro ya carcomidas por el orín, tablazón apolillada, correas recias y flexibles, y en conjunto,

para quien tenga el oído fino, cierto rechimiento alarmante como de artificio defectuoso, sin lógica ni precisión, con demasiada balumba de piezas inútiles, que marcha por la fuerza de la costumbre, por la rutina de la inmensa mayoría del género humano—el cual, en sus capas inferiores, y por consiguiente más numerosas, es al revés del genio, *misoneísta* ó enemigo de toda novedad.

Sin embargo, aun cuando la fiebre de renovación puede notarse en los dos maestros de la novela contemporánea, la temperatura es casi normal en Zola y en Tolstoy altísima. Ninguno de los dos desmiente el carácter nacional, revelando el francés una acomodaticia prudencia que olvida por completo el fogoso soñador ruso, y demostrando ambos, sin haberse lo propuesto, que la *nacionalidad* no es mero antojo de la Geografía política, sino algo más profundo, que tiene raíces en los oscuros senos del alma y se impone á la genialidad del artista.

Según corren los años, va realizando el

autor de *Germinal* su propósito de calmarse y reconciliarse con su época, sublevada al principio contra la violencia cruel de su férrea pluma, que rasga los tejidos y magulla y destroza las fibras más delicadas. Sin que Zola haya modificado esencialmente doctrina ni procedimientos, el espanto y la ira de las gentes se aplacan todos los días, tal vez — aunque parezca extraño — porque dado el horror de las multitudes á la novedad como *novedad*, sin ir más adelante en el examen, la reincidencia es el mejor calmante del escándalo, y generalmente la algarada contra un escritor no pasa de los dos ó tres primeros libros que publica, aunque en los sucesivos remache el clavo y diga mayores enormidades que nunca. Sea por esto, ó por la fuerza del talento de Zola, ó porque ha suscitado discípulos ultra-naturalistas, como Bonnetain, que en punto á crudeza le dan quince y raya, ó sea resultado de otras muchas causas concomitantes, ello es que la reconciliación se efectúa, y Zola va á ser hasta

académico, hecho que puede comentarse de mil maneras, y no comentaré de ninguna.

Adviértase también que Zola, de tiempo en tiempo, echa en la balanza de la tranquilidad pública novelas menos fuertes, como *Le rêve*, y ahora *L'argent*; tortas que acallan algo los ladridos de Cerbero, descubriendo la habilidad, la previsión comercial del francés que, al trabajar, nunca pierde de vista que está detrás el público. En un principio convenía el ruido, las protestas, la curiosidad sana ó malsana, para lograr lo que se logró; romper el anónimo y amotinar á ese París, donde un motín vale por un triunfo; después era preferible derramar aceite sobre las encrespadas olas, que ya cortaba, viento en popa, la nave del discutido naturalismo. Ni pienso, ni trato de insinuar que esta marcha de Zola tenga por único, ni siquiera por principal objeto, conseguir el bienestar material que debe á la venta de sus libros. Al contrario, se me figura que el historiógrafo de los

Rougon-Macquart, sin dejar de ver en el trabajo un medio de ganarse la vida, toma por lo serio su papel de innovador y jefe de escuela, y su estrategia llena un fin literario, encauzar el gusto por los caminos de su estética y retórica especiales. Si observo esta táctica, es para notar que Tolstoy es incapaz de cálculo semejante. Tolstoy ni trata de escandalizar, ni de aplacar, ni le importa que nadie se aplaque ó se escandalice: es un literato *apostólico*; el *público* de un momento dado no existe para él: la *humanidad* sí.

Otra prueba de que á Zola le guía un cálculo complicado está en la increíble paciencia y ductilidad que requiere el cumplimiento de sus propósitos, tan ajenos como invariables. Proponerse hacer una novela sobre el clero, y luego otra sobre los burgueses, y otra, y otra, y otra sobre los aldeanos, las minas, los ferrocarriles, el ejército, la Bolsa....., realizarlo pausadamente, con tenacidad bovina, no retroceder, no desmayar, aplicar la misma intensidad y la misma voluntad artís-

tica á cada pieza de la maquinaria, revela una indiferencia por el asunto, una sumisión al trabajo, que acaso no cabe sino en un francés. París, considerado como vasto organismo, trabaja lo mismo que Zola: *en todo*, sin desmayar nunca. Ninguna labor se desdeña en París, y ninguna se realiza sin sacarle el jugo de la utilidad, desde la infame venta de placeres en el lupanar y la servil complacencia de callistas, masadores y depiladores, hasta el alquiler de cómodas sillas y reclinatorios en la iglesia y la sonriente oferta de violetas y jacintos en la calle. Ese espíritu comercial, esa aceptación humilde del trabajo, ese esmero artístico en la labor más prosaica, los tiene Zola, sin que por eso deje de ser gran escritor, singular poeta, y en muchos respectos inteligencia independiente y revolucionaria. Otros novelistas no se avienen á describir ni á estudiar sino lo que halaga ó excita su imaginación, revistiéndose en ella de enérgico diseño ó brillante colorido. Zola, con su doble instinto que podríamos llamar épi-

co-mercantil, carece de preferencias; no tiene mundo propio; lo mismo que recorre hoy el campo de batalla de Sedan, preparando su novela militar, habrá frecuentado la Bolsa para entonar la epopeya del dinero, *L'argent*,—que con la imponente y sugestiva cifra *cinquante septième mille* destacándose en la amarilla cubierta, tengo sobre mi mesa escritorio.

Para ser en todo epopeya, lo es *L'argent* hasta en tomar por asunto la lucha á muerte entre dos hombres, ó, mejor dicho, dos fuerzas bursátiles: Gundermann, el rey del oro, el banquero israelita, y Aristides Saccard, el atrevido especulador, el pescador infatigable en el revuelto río del segundo Imperio. En el primer canto..., es decir, capítulo, Saccard aparece atravesando un período funesto, consecuencia de un negocio de solares, desastroso cuanto escandaloso, del cual no ha salvado sino la piel. En el restaurador de Champeaux, donde almuerzan los bolsistas, el especulador arruinado no encuentra sino desdén, rostros fríos ú hostiles, y

sólo dos ó tres agentes de sospechosa probidad se arriesgan á saludarle. Desde las mesas, en torno suyo, el vocerío de las conversaciones le trae siniestros augurios de la ruina del Imperio, aquel régimen al cual debiera Saccard su prosperidad inaudita, el río de millones que había pasado por sus manos, yéndose conforme llegaba, como los dineros del sacristán, mientras en sus cajas huecas vivía la mentira, y agujeros misteriosos las vaciaban de la mañana á la noche, sin dejar en ellas un mísero franco.—La enfermedad secreta del Imperio, la farsa, la inmoralidad, el desenfrenado lujo, la fiebre de goces, todo lo lleva Saccard en las venas; á las instituciones está vinculada su existencia y su actividad prodigiosa.—El desprecio que siente en la atmósfera le excita, y en su interior jura que pondrá los tacones sobre cuantos le vuelven la espalda, y luchará con Gundermann, y vencerá al rey del oro, á quien aborrece con la repulsión peculiar del cristiano al judío: repugnancia

física, epidérmica, independiente de toda creencia religiosa. En su imaginación viva y fecunda, germina ya un plan osado, vastísimo: y para plantearlo recluta y alista en sus banderas á la única gente que ya le saluda—los desesperados, los que no tienen que perder; la mejor tropa. Saccard es un poeta, un mago del dinero: su idea financiera encierra fondo romántico. Exaltado por las acuarelas y los planos del ingeniero Hamelin, ve de una sola ojeada el partido gigantesco que puede sacarse fundando la Sociedad de las minas de plata del Monte Carmelo: la explotación de cuencas carboníferas, la creación de Bancos y grandes establecimientos industriales, la corta y aprovechamiento de las vírgenes florestas del Líbano, cuyas maderas se pudren sin utilidad para nadie, la red de caminos de hierro del Asia Menor, que de golpe arrancará á ese pedazo de mundo viejo de la ignorancia y apatía de tantos siglos, desenterrando en su seno un tesoro de incalculable riqueza. Al exponer y formular estos planes, Saccard

conquista, sin pretenderlo, un noble y valiente corazón femenino: el de la señora Carolina Hamelin, hermana del ingeniero. Rara vez habrá creado Zola figura más hermosa, de más grandioso diseño moral, que el de esta Carolina, hacia la cual experimento simpatía profunda, en la cual veo encantadora muestra de esa intuición que adorna al verdadero artista, al generador de seres vivos. Es tanto más bella Carolina, cuanto que su belleza es discreta, serena, interior, y para estimarla se necesita cierta armonía preestablecida de carácter, ya que no de cualidades, con tan escogido tipo femenino.

Físicamente, la hermana del ingeniero, con su cuerpo arrogante y noble, su vivaz corona de cabellos emblanquecidos desde los veinticinco años, que le prestan el dulce atractivo de una abuela combinado con la fuerza y frescura de la mujer en su plenitud vital, atrae y cautiva. Intelectualmente, Carolina posee instrucción firme y seria, ha leído los economistas y los filósofos, sin con-

traer ese énfasis pedantesco que es el cáncer de la cultura femenil; y no sólo ha amueblado bien su cerebro, sino que se ha formado un criterio amplio, equilibrado y tolerante como el de un sabio varón. Sencilla y franca, mujer en la plena aceptación de la palabra por el santo anhelo de maternidad que nunca la abandona, es hombre por la grandeza de ánimo, el desinterés, la lealtad, la rectitud, la facultad de entusiasmo ante las grandes concepciones y el amor de la vida, carácter principal de esta admirable figura. ¡Cuánto valor, cuánto desprendimiento de todo egoísmo se revela en el rasgo primoroso, que él sólo acreditaría á Zola de adivino y mago, de esa alegría tenaz, persistente, invencible, que renace después de cada desastre, de cada naufragio, y, sin embargo, no impide á la pobre mujer comprender y confesar que la vida «es execrable cuando no es innoble», y darse cuenta de que su peculiar manera de ser representa, en pequeño, la de la humanidad, la cual vive miserable, pero incesantemente re-

novada por la esperanza y la juventud! «He leído demasiado para mujer, — dice Carolina, — y no sé adónde voy, como tampoco lo sabe el vasto mundo. Pero, á pesar mío, se me figura que todos caminamos hacia algo bueno y muy alegre.»

En la turbia y febril existencia de Saccard, en su empresa pirática de envolver y apresar los capitales que acuden confiadamente á enredarse entre las mallas de su inmensa red, Carolina representa la conciencia, y con sus miras superiores y su absoluto desinterés amoroso y pecuniario, derrama un rayo de luz sobre las impurezas del agio y del dinero. Carolina, con ser tan poco codiciosa, no cae en la ridiculez de despreciar y maldecir al *vil metal*; y si algunas veces su rectitud se alarma ante el obscuro caos de los negocios de Saccard, si su corazón se estremece de piedad ante los infortunios que origina la quiebra, su razón reacciona contra generosas flaquezas del sentimiento, y al comparar la situación de los dos hijos de Saccard, el uno abandonado á la

miseria y el otro cercado de bienestar y lujo, deduce que acaso la educación, la salud, la inteligencia, la hermosura de la vida, no son más que *dinero*, y si en el fondo de todo organismo hay el mismo barro humano, la civilización se reduce probablemente á la superioridad de oler bien y vivir con holgura. Cuando la colosal especulación de Saccard, el Banco Universal, cae vencida y reducida á polvo en pocas horas, sucumbiendo á la inquina del judío Gundermann y á su propia insensata prosperidad y arrogancia; cuando detrás de Saccard, del hombre amado con silenciosa abnegación, queda una estela de cieno, sangre y lágrimas, familias desoladas y reducidas al hambre, el cadáver de un suicida, y á su lado la esposa y los hijos aullando de dolor, Carolina, en medio de este último desastre, siente ascender en su corazón la marea de aquella rara y misteriosa alegría, y ve claro por fin, comprendiendo que el dinero hoy por hoy es estiércol donde crece la humanidad futura, y, envenenador y

destructor en apariencia, forma en realidad la levadura de toda vegetación social, el terruño necesario para los grandes labores que facilitan la existencia. Por cima de tanto lodo removido, de tanta víctima aplastada, de tanto sufrimiento como cuesta á la humanidad un paso hacia adelante, existe un objeto superior, algo bueno, justo y definitivo, hacia donde caminamos sin saberlo, y que nos hinche el alma de obstinada voluntad de esperar y vivir. No imputemos al dinero las vilezas y los crímenes que ocasiona; ¡también está manchado el amor, y, sin embargo, él es quien crea la vida!

¿No es verdad que, ó Zola ha presentado su dimisión de pesimista, ó vamos á alistarnos temporalmente en sus filas todos los optimistas que no creemos, como Shakespeare, que el mundo sea un cuento vacío de sentido y narrado por un idiota?

Todavía hay en la novela de Zola un personaje más optimista que Carolina Hamelin: personaje que representa en la novela esa impaciencia de renova-

ción y sociedad futura, de que hablábamos antes. Es el visionario y tísico Segismundo Busch, discípulo de Karl Marx y apóstol del socialismo. Encerrado en sus ideas como en un alcázar fantástico, Segismundo se pasa el día en modificar sobre el papel la sociedad del porvenir, fundando sobre la ciencia el complicado andamiaje de la dicha universal. Su ensueño pasa por cima de la miseria del dinero, en su desprecio hacia los explotadores de hoy, que serán expropiados mañana, y ayudarán á la gran obra, porque toda centralización conduce al colectivismo. El dinero, el capital, desaparecerán, estableciéndose el pago en especie. Verdad que el proyecto ofrece cierta pequeña dificultad: no se sabe cómo se conseguirá dentro del colectivismo lo que tan segura y fácilmente consiguió el individualismo; espolear al trabajador, después de suprimir la idea del provecho personal. Aquí de las dudas y las angustias de Segismundo, y tras ellas me parece distinguir, no la sonrisa, que no

existe casi, sino el irónico alzamiento de cejas y la inteligente dilatación de nariz que caracterizan la fisonomía de Zola. Aquí asoma la cautela francesa, que no conoce el extremoso eslavo; aquí sale á relucir la previsión del trabajador pertinaz, que sabe cuántos desvelos cuesta ganar ese dinero maldecido, y cuán poco reconfortante es sudar y echar los bofes en provecho de la abstracta humanidad, y no del ser querido ó del bienestar y recreo propio. Ahora que se acerca el fatídico 1.º de Mayo, es curioso conocer el voto de calidad de Zola. Es el del hombre laborioso y enérgico que se ha creado á sí propio su destino y su felicidad humana. No tiene nada de socialista; presiente, apresura tal vez los cambios, con curiosidad social, pero sin fe. — No ve elevarse la ciudad santa, como el delirante Segismundo, que, al morir, entona el cántico de Fausto en Mefistófeles:

*« In un sogno supremo
Si bea l'anima già... »*,

y divisa la grey venturosa, camino de la Jerusalén social, que dora la luz magnífica del sol, refractaba por sus blancos muros....

Este Segismundo es de los caracteres más artificiales de Zola. Yo quisiera explicarme bien, para que se comprendiese cómo Zola, que alardea de tan minuciosa instrucción documental, desdeña muy á menudo la realidad humilde y amasa la carne de sus personajes con una ideología matemática, por lo cual resultan tan lógicos, tan rectilíneos, que aun cuando á primera vista nos engañen, luego se ve que son teorías, ideas, conceptos, encarnados en un fantasma. Ayuda poderosamente al engaño la exactitud y arte supremo del novelista al describir lugares, fisonomías, tipos, costumbres, movimientos y hasta acciones, sin más falsedad que esa inflexible línea recta de ciertos caracteres, que conduce á la monótona repetición de signos exteriores que los expresan; verbigracia: al hablar de la linda papelera Madama Conin, siempre salen á relu-

cir los cabellos de «seda pálida», y la baronesa de Sandorf no aparece casi nunca sin «las amoratadas ojeras y los ardientes ojos negros». La vida es más compleja y más inconsecuente: tiene sus leyes, no cabe duda, pero secretas, que encubre una apariencia de irregularidad, produciendo lo que suele llamarse misterios del corazón, arcanos del alma, contradicciones que entretejen nuestros actos, y que Tolstoy con tan ingenua profundidad anota y registra. Podrá Zola superar á Tolstoy en maestría técnica: no en franqueza, no en verdad.

Como obra de arte, paréceme *El Dinero* superior á *La Bestia humana*, que empieza de un modo admirable y acaba con una serie de crímenes dignos de la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*. *El Dinero* es de los libros maduros de Zola, donde el ilustre épico sabe refrenar el vuelo de su desatada fantasía y no *acumular*. La acción es una y sobria, aunque la narración sea verbosa y lenta, como Zola acostumbra.